

TITULO: Me queda mucho por vivir

GABINO MANGUELA DÍAZ Foto: Jesús Martínez

Al joven Rigoberto, o mejor dicho, al adolescente Rigoberto, no le gustaba la carrera militar. Prefería verse ataviado como un doctor, entre suturas y recetas médicas, pero la vida, parece, le hizo una buena jugada, pues lleva casi 50 años dando y recibiendo órdenes, con muchos soldados bajo su mando y grandes responsabilidades en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Hoy, con los grados de General de Cuerpo de Ejército, Rigoberto García Fernández quizás se acostumbró a esa vida, pero está muy seguro de que es un hombre con mucha suerte, porque ha vivido como ha deriseado.

Subtítulo: **DE SOLDADO A CAPITÁN**

Aunque oriental de nacimiento, en el municipio granmense de Media Luna, Rigoberto no puede ocultar un cierto acento español en su pronunciación y, en efecto, su raíz le viene de la Madre Patria, pues el padre nació allá, en la zona de Cantabria y su mamá, aunque cubana, tenía padres españoles.

Justo a la hora conveniada, en una sala contigua a su despacho, iniciamos una entrevista permeada por el desenfado y las remembranzas de un hombre que proveniente de familia con alguna posibilidad económica, llegó a las ideas revolucionarias por las injusticias y el abuso de la soldadesca con la población.

“No pude ir a la Universidad ya que mi padre no podía pagarnos esos estudios a los tres hermanos. Sin concluir el bachillerato aquí en La Habana regresé a la colonia cañera donde vivíamos —cercana a Contramaestre, más bien al central América—. Comencé a trabajar en la tienda de papá y veía cómo los soldados consumían y no pagaban y a veces, cuando decían que el viejo había violado algo, entonces teníamos que darles dinero. Esos desmanes me iban poniendo cada vez más contra esa forma de vida y ya, a partir de ahí, todo fue un proceso, digamos, lógico y natural.

“No es que yo pensara en cambiar el sistema o que quisiera ser pobre. No, lo que yo quería era algo más justo, más equitativo. Incluso yo creía que algunos de mis amigos, mayores y más radicales, quienes sí se oponían decididamente al régimen, estaban locos... Pero casi sin darme cuenta, me convertí —por el año 54— en cooperante de aquellos jóvenes que atacaron el cuartel Moncada.

“En 1955 ya me confiaban algunas tareas más complejas. Poníamos petardos, rompíamos el alumbrado, ajusticiamos a algún chivato, quemamos caña y almacenes y cuando se produce el desembarco del Granma ya teníamos armas”.

En la clandestinidad permaneció varios años, y aunque estuvo preso en dos ocasiones, nunca las fuerzas del régimen conocieron de sus actividades conspirativas. “Claro, sí estuve huyendo, escondido, disfrazado, tuve que venir para La Habana y ya para finales de febrero del año 58 me tuve que alzar en la Sierra Maestra, en la Columna 1”.

Después de la derrota de la ofensiva del Ejército de Batista pasa al Tercer Frente Oriental, dirigido por el Comandante Juan Almeida Bosque. De soldado alcanzó directamente el grado de capitán, graduación con la que termina la guerra.

Subtítulo: **HONOR QUE NO CREÍA MERECER**

Pocos días antes de que Fidel entrara victorioso a La Habana, Rigoberto, junto a otros compañeros, llega en avión desde Oriente a la capital. Trabaja en la Dirección de Inteligencia del Ejército Rebelde. Poco más tarde pasa al Quinto Distrito, y cuando se crea el Ejército Central lo nombran sucesivamente como Jefe de la División Sagua La Grande, Cienfuegos y Remedios y por último Jefe de Operaciones del Cuerpo de Camagüey. En los años 66-67 ocupa la Jefatura de Preparación Combativa del MINFAR y en 1977 pasa a dirigir el Ejército Juvenil del Trabajo, cargo en el que lleva 28 años.

Entonces comienza una etapa fascinante en la vida de uno de los generales de mayor graduación en las Fuerzas Armadas cubanas. Tiene que dirigir un ejército vinculado directamente a las tareas productivas, ya sean agropecuarias, de la construcción u otras, pero sin perder su razón principal: soldados.

Aquel primer grado de capitán en plena guerra lo motivó mucho. “En 1967 me nombran Comandante y en 1976 Comandante de Brigada. Luego General de División hasta que en el 2001 me ascienden a General de Cuerpo de Ejército”. Al preguntarle hoy me asegura que cada vez que lo ascendieron creyó que sobre sus hombros descansaba un honor mayor al que, creía, le correspondía.

Dice ser colérico, explosivo, “de muchacho siempre estaba faja’o”. También modesto, tímido, al punto que le daba una pena tremenda aquella forma en que se enamoraba en sus años juveniles “y entonces eran mis ojos quienes iban diciendo lo que mis palabras no podían”.

¿Muy exigente con sus subordinados? “Sí, muy exigente, pero jamás ofendo a nadie. Lo que sí hago es requerir. También soy muy exigente en el orden familiar, pero lo debo hacer muy bien porque llevo 50 años de matrimonio con Mirna, mi esposa”.

¿Machista? “No, de ninguna manera. Pero en la casa soy un inútil integral”.

¿Practica algún deporte? “No. Aunque jugué bastante la pelota, no me gustaba. También jugué voleibol y practiqué atletismo, pero ahora lo que hago es caminar mucho. Tres veces por semana camino casi cinco kilómetros. El boxeo tampoco me gusta”.

¿Cuántos hijos y nietos tiene Rigoberto? “Varones no tengo. Son tres hijas, que me han dado cuatro nietas y un nietecito varón. A los nietos ahora los disfruto más que a mis hijas, porque antes la vida era más complicada y estaba menos tiempo en la casa. Son muy jodedores, pero respetuosos”.

¿Soñador? “No, soy muy realista. Creo que sin haber soñado mucho he tenido todo lo que he pensado. Yo nunca quise ser artista, ni pelotero, ni boxeador... gy no lo fui”.

¿...? “No, no soy bailador, pero bailo. Me gusta fastidiar mucho con las personas que toman y se ponen graciosas.

“¿Lo mejor que me ha pasado en la vida? Mi matrimonio y haber conocido y estado al lado de Fidel, de Raúl, de Almeida y de todos los que han dirigido la Revolución.

¿Un hombre feliz? “Tengo un grado muy alto de felicidad. Por mi familia; porque veo a quienes no son cubanos y hablan con orgullo de Fidel, de nosotros. Además, por ver a las personas felices, porque me entristece mucho la tristeza de los demás”.

¿Cuándo se jubila?. “Nunca diré que me quiero jubilar. Me parece que si hoy tengo esta responsabilidad es porque otros me consideran aún con condiciones para ello, pero estoy en la mejor disposición de, cuando me lo digan, asumir el retiro. De todos modos, me falta mucho por vivir, a pesar de mis 73 años”.

Luego de dos horas de conversación, este hombre canoso, fuerte, con miedo escénico, pero con dominio de los momentos difíciles, sin previo aviso dio por terminada la entrevista. “Tengo que atender a una visita”, me dijo lacónico y fue, conmigo, el único momento en que en él prevaleció el militar que lleva dentro.